

## ¿Qué leemos cuando no leemos?<sup>1</sup>

SILVIA N. BAREI

(Argentina)

Universidad Nacional de Córdoba  
sbareiberrueta@gmail.com

Diría que estas reflexiones constituyen una especie de insatisfactoria teoría de la lectura, si no fuera porque el concepto mismo de teoría es excesivo para estas palabras que son un más allá del deseo –de leer– y un más allá de la literatura –leída o por leer–.

Por ser precisamente un más allá, necesita traslado constante y en ese lugar no familiar –dislocado– para nosotros –que es el no leer– quisiera situarme.

La hipótesis que desata estas reflexiones sostiene que siempre leemos. El problema es cómo lo hacemos.

Permítanme comenzar por una pequeña historia que se sitúa en San Ignacio de Moxos, pequeña población situada en los llanos amazónicos del nordeste de Bolivia. Fue fundado en 1689 como pueblo misional y sus habitantes se hicieron famosos por aprender ejecutar con extrema facilidad y perfección la música que los jesuitas trajeron a América.

Casi 300 años después de expulsados los jesuitas, llegaron al pueblo viajeros europeos que escucharon sorprendidos aquellas obras seculares del archivo ignaciano de música barroca. Los músicos, en su mayoría niños y jóvenes, tocaban leyendo las antiguas partituras, de manera impecable.

Al acercarse a los músicos, para ver las antiguas partituras colocadas en los atriles, los visitantes descubrieron que los ojos atentos al papel seguían los complejos textos, pero que éstos estaban colocados... de manera invertida.

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en *Silueta de papel. El autor como lector*. Benites, M. Jesús y Perilli, Carmen (Comp.). Corregidor, 2011.



Estaban presenciando un milagro sonoro y un milagro de la memoria de un pueblo completo que seguía leyendo en su mente, aquello que habían heredado de sus antepasados. Para decirlo en términos de este encuentro, una “lectura sedimentada” en una memoria que ya no reconocía el lenguaje gráfico de la música y que se había transmitido de generación en generación.

En el relato que citó Liliana Heker en estas mismas jornadas, “La iniciación”, su protagonista, una niña pequeña dice: “Repito de memoria simulando leer”, coincidiendo con la lectura de los indiecitos de Moxos.

Esta paradoja, me permite pensar qué leemos cuando no leemos, es decir, qué operaciones cognitivas y socioculturales seguimos realizando cuando no leemos.

Hablo de leer en su sentido más elemental: operación de desciframiento de signos marcados en un papel.

Y hablo también de la pertenencia a un mundo hecho de textos, de palabras, de registros, de imágenes que trabajan en nosotros, a veces a través de la lectura de otros.

Me parece que hay varias de formas de leer cuando no leemos. He pensado seis, a las que llamaré: leer levantando la cabeza, lecturas transversales, lecturas prejuiciosas, lectura como escritura, leer en la escucha y lecturas en la superficie.

1. Leer “levantando la cabeza”, refiere la famosa fórmula barthesiana (1999). El lector no recibe pasivamente el texto, pone entre sus líneas todo un trabajo psíquico que los cognitivistas están analizando muy bien y donde el lector construye el texto pero también se construye. “las lentas hojas vuelve un niño y grave sueña con vagas cosas que no sabe” dice el poema de Borges (*Lectores*, O. C.:892).
2. Es decir, nos hacemos autores de nuestra propia vida porque la lectura siempre produce sentido. Es por ello que todos subrayamos, marcamos con una cruz o repetimos frases halladas en los libros: acá se juntan lo íntimo y lo compartido, lo personal y lo escrito otro en una conjunción que expresa de un modo particular nuestra especificidad humana.

He tomado al azar tres libros que tengo entre manos en este momento, he buscado algunas expresiones subrayadas por mí y que seguramente tienen

mucho sentido para mi vida aquí y ahora. En ese “leer levantando la cabeza”, he subrayado en el último poemario de Juana Bignozzi este verso:

“los descendientes de inmigrantes siempre piensan en la comida” (2010: 19).

Y en la novela de Milton Hatoum, encuentro que he subrayado esta expresión:

“Al final el tiempo acaba borrando las diferencias entre una vida y un libro” (2008: 64).

Y en *El derecho de soñar* de Gastón Bachelard, libro que me regalaron hace mucho y recién ahora comienzo a leer, he subrayado: “Poniéndonos frente a nosotros mismos, la soledad nos lleva a hablar con nosotros mismos, a vivir así una meditación ondulante que repercute por todas partes sus propias contradicciones y que intenta sin fin una síntesis dialéctica íntima” (1993: 246).

¿Qué ideas, sentimientos, recuerdos, asociaciones, imágenes, memorias y desmemorias nos traen estas frases que seguimos leyendo “levantando la cabeza”?

La escritura da cuenta de un ausente en su propio presente, lo leído que se cierne sobre nosotros aún acechado por el olvido, por la suspensión del recuerdo y por una memoria a futuro abierto donde están las claves para reconstruir indagaciones sobre los significados siempre cambiantes del mundo y de la propia vida.

3. Lecturas transversales: Otra forma de no leer exactamente lo que se está recorriendo con la vista es lo que yo llamo lectura indirecta: leemos a otros autores a través de la lectura de lo que estamos leyendo. Es decir, yo leo a Proust –a quien no estoy leyendo directamente– mientras leo un poema de Oscar Hann. No he leído a Polidori, a Tagore, a Fabio Morabito, a Pablo D’ Ors, a Alonso Cueto, a Lola Beccaria, a Cristina Sanchez Andrade, a David Castillo y a tantos muchos ... y tal vez no los leeré nunca, pero los conozco porque me los topo en mis otras lecturas. A propósito, encuentro citada por Umberto Eco esta referencia:

“La verdad, yo no sé quién es... pero al leerlo a través de otro, siento que lo estoy leyendo. Como vengo diciendo, lo estoy leyendo mientras no lo leo. Y tal vez no lo leeré nunca” (2010: 24).

4. Lecturas prejuiciosas: Me parece interesante también pensar qué leemos cuando no leemos un libro o un autor voluntariamente, porque suponemos que no nos gustará cuando lo leamos. A veces condenamos con exagerado simplismo a escritores que hemos leído fragmentariamente o de los cuales tenemos referencias negativas. Tal como ha pasado por ejemplo, con el desencuentro entre Borges y algunos lectores argentinos: hemos escuchado todos nosotros y muchas veces, condenarlo por conservador desde el punto de vista político, o como muy intelectual, desde el punto de vista estético. Y allí ubico a mi generación cuando estudiábamos letras en los 70: objeto de reprobación de una generación que no entendía –desde un sectarismo político y cultural– que Borges estaba reconfigurando la escena escrituraria argentina. Digamos que Borges era una especie de aporía: para no leerlo, había que hablar de él. Para que no nos gustara, había que no leerlo. Si no, estábamos irremediablemente perdidos.

Notar la paradoja: el no leer no se vuelve signo si no se ha leído. Prejuicio, rechazo, represión, censura de la propia lectura, borramiento o inhibición voluntaria de la experiencia que remite siempre a la experiencia misma.

5. Escribir las lecturas: Cuando escribimos, no estamos leyendo. Verdad de Pero Grullo: estamos escribiendo. Una acción, o un activo de una “vitalidad desesperada” para decirlo en términos de Barthes (2004:132), donde leer se encuentra en la matriz denegativa que reconoce un valor en aquello que no se hace en ese momento. Pero, siempre escribimos lo que leímos o desde lo que leemos a lo largo de nuestras vidas. Metáforas de la borradura, les he llamado en otro trabajo, borradura no como olvido sino como borrador donde se coloca algo recordable, algo al abrigo. La lectura y la escritura, constituyen órdenes articulados y reversibles o como dice Piglia “el modo de hacer visible lo invisible y fijar las imágenes nítidas que ya no vemos pero que insisten todavía como fantasmas y viven entre nosotros” (2005: 13). Leo un ejemplo del libro *Todas las mañanas* de Rafael Oteriño:

“Baudelaire escribió/ que las ciudades cambian más rápido/ que el corazón de los hombres. / Y es cierto, rigurosamente cierto,/ porque desde hace días/ recorro las calles de mi ciudad/ y no me encuentro” (2010: 12).

Tensión de lo leído en lo nombrado. El vacío de la lectura es ahora ocupado por el lenguaje de la escritura propia cuya discontinuidad instala un orden arbitrario. La escritura restituye una lectura y escenifica un viaje imaginario del libro a la propia subjetividad puesta en escena. Todos los escritores somos Pierre Menard en pequeño, restos despedazados de otras escrituras leídas. Escribir de nuevo *El Quijote* es leerlo de nuevo y cambiarle el sentido porque ahora resuena de otra manera.

Esta escritura restituye siempre una lectura, aunque sea fragmentariamente y explícita relaciones de propiedad y modos de apropiación: traducción, cita, parodia, copia, estilización, etc. Leo un poema de mi libro *La casa en el desierto* (2008: 24):

### **Mientras ella lee**

A esta hora  
apenas alcanza el aire para respirar  
y no hay pájaros  
ni siquiera bajo las hojas de los flamboyants  
De espaldas a la arena  
la calle kino reverbera  
en los altos ventanales de los hoteles  
y alguien de vida austera /el pie sin prisa/  
camina contra el cielo inexistente  
a la sombra de su propia sombra.

Mientras lee en el maestro y margarita  
/iván savélievich no pierdas tiempo/  
piensa que el tiempo es algo  
poco seguro para que ella lo entienda  
porque después de este sol viene la tarde  
y la alianza de la noche y el invierno

Hay otros poemas donde no hay citas, pero seguramente el autor podría referir las lecturas que hay detrás. Para decirlo en términos de Liliana Heker, son “lecturas que están en la cocina” (de la escritura).

6. Leer en la escucha: hasta acá hemos hablado del acto de leer –o mejor de no leer– palabras impresas como mecanismo de desciframiento de signos escritos en un papel. Pero leemos también cuando leen otros. Le llamo: leer en la escucha: también leemos cuando escuchamos que alguien lee o cuenta, o recita en voz alta. De modo “camuflado” se lee a través de una voz. La voz es un texto que encuentra en ella un registro del orden del vestigio. La lectura como rastro, la voz como lugar en donde se filtra esa diferencia entre el escuchar y el leer, un estar fuera de la lectura, en un punto de fuga en donde palabra pronunciada cumple el papel de relevo de la lectura. Operación ritualizante: escuchar es ponerse en “estado de lectura”. Situada en una especie de continuidad deslizada, lo leído aparece en una nueva forma de extemporaneidad y extraterritorialidad donde la voz y la memoria son ante todo, signos de una lectura pasada.

Extemporaneidad en el sentido de que la voz altera toda identidad, toda intimidad, desarraiga los sentidos –coloca la lectura en otro bloque del espacio y del tiempo–, en un campo cuyas estructuras podrían denominarse “disipativas” (si se me permite utilizar la metáfora que Illya Prigogine aplica al universo)

El replicante evoca una lectura pretérita y ausente y conjunta la dialéctica de la permanencia (de lo leído y memorizado) con lo hueco, lo inmaterial, el vacío.

Punto de ruptura y de sutura, la voz duplica el texto de una lectura que es a la vez anacrónica y presente. Encrucijada de tensiones, el recitado, la narración en voz alta crean presencias necesarias. Diría Borges desde su ceguera. “Yo soy ahora un lector de páginas que mis ojos no ven”, decisión que confronta lectura y escucha, escritura y oralidad y cuyo interés reside justamente en la distorsión posible de una lectura imposible.

En su intervención, María Teresa Andruetto nos decía: “La literatura es mirada, escucha y voz”.

7. Lecturas en la superficie: Me pregunto también qué leen los que no leen libros –me corrijo: los que nosotros decimos que no leen porque no leen libros–, es

decir aquellos muchos para quienes, por ausencia de libros, por distancia, por desinterés, por pertenecer a niveles sociales desfavorecidos, por fanáticos de las nuevas tecnologías, por el conflicto con los valores o pautas de vida de un grupo, la lectura en un sentido tradicional, representa un obstáculo.

Yo diría que en el estado actual de la cultura, los que no leen libros, ni siquiera diarios o revistas, leen algún tipo de superficie o pantalla: videojuegos, publicidades callejeras, televisión, cine, tapas de CDs, por supuesto *Youtube, mails, blogs*, redes en general, cuya facultad hipnótica ha cambiado la forma de leer, haciendo parecer que no se lee. Aunque en realidad, no se lee linealmente ni concentrándose en un solo texto, ni en profundidad. Se lee haciendo *zapping*, sin jerarquías y en red. En términos de Baricco estamos en presencia de una “generación mutante” y de un uso del libro como “nudo por donde pasan secuencias originadas en otras partes y destinadas a otras partes... Una especie de transmisor nervioso que hace transitar sentidos desde zonas limítrofes, colaborando en la construcción de secuencias de experiencias transversales... Superficie en vez de profundidad, viajes en vez de inmersiones, juegos en vez de sufrimiento” (2009: 111).

Uno podría decir que ahora más que nunca el mundo se ha convertido en un libro –que todos leemos aunque no leamos libros–.

Preguntarse desde la negativa o desde la paradoja, “¿Qué leemos cuando no leemos”, puede haberles sonado a un juego o a una broma cuando leyeron el programa de estas jornadas. Para mí sin embargo, es un problema –otro más de los tantos– de una teoría literaria y de una teoría de la cultura contemporánea. Lectores obsesivos, perezosos, rebeldes o imperfectos, o no lectores de libros, adictos al cine o a la Internet, somos pequeños datos del estado de una sociedad que dice no leer y que lee todo “hasta los papeles tirados en la calle” como Cervantes.

Cuando preparaba estas palabras cayó en mis manos, –mejor dicho, en mis pies porque se cayó de una mesa de libros que yo estaba mirando– el último libro de Umberto Eco y Jean Claude Carrière, *Nadie acabará con los libros*. Obviamente soy de las que no cree que las cosas sucedan por casualidad: uno de sus capítulos se llama “Todos los libros que no hemos leído”, en el que se habla de los libros “que esperan ser leídos”, de los autores que no hemos leído o que no existen, y que aun así, conocemos (como buen ejemplo, hemos estado citando a Pierre Menard).

Creo pertinente cerrar estas palabras con el comentario de Jean Claude Carrière a propósito de los libros de su biblioteca personal:

“Una biblioteca no está formada a la fuerza por libros que hemos leído o que leeremos un día...Una biblioteca recoge los libros que podemos leer, o que podríamos leer, aunque luego no los leamos nunca” (2010: 226).

Resuena atrás el conocido poema de Borges: “Tras el cristal ya gris la noche cesa/y del alto de libros que una truncada sombra/dilata por la vaga mesa/algunos habrá que no leeremos nunca...” (“Límites”, OC: 879).

O que leeremos sin saber que los estamos leyendo, emulando la historia de los perfectos ejecutores de música de San Ignacio de Moxos.

## Bibliografía

- Baricco, Alessandro (2009). *Los bárbaros. Ensayos sobre la mutación*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- Barthes, Roland (1999). *El susurro del lenguaje*. Paidós, Barcelona.
- (2008). *Lo neutro*. Paidós, Barcelona.
- Eco, Umberto Eco y Carriere, Jean Claude (2010). *Nadie acabará con los libros*. Ed. Lumen, Barcelona.
- Petit, Michele (2004). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Ed. Anagrama, Barcelona.